

trasladado, como sabes, de las Tullerías á los periodistas, del mismo modo que el presupuesto ha mudado de barrio, pasando del de San Germán á la calzada de Antin. Pero hay una cosa que tal vez ignoras. El gobierno, es decir, la aristocracia de banqueros y abogados, que se sirven ahora de la patria como los clérigos se servían antes de la monarquía, ha sentido la necesidad de engañar al buen pueblo de Francia con palabras nuevas é ideas rancias, ni más ni menos que los filósofos de todas las escuelas y los hombres fuertes de todos los tiempos. Trátase, pues, de inculcarnos una opinión regiamente nacional, probándonos que es mucho más venturoso pagar mil doscientos millones con treinta y tres céntimos á la patria representada por tales ó cuales señores, que mil cien millones con nueve céntimos á un rey que decía "yo" en lugar de decir "nosotros." En una palabra, acaba de fundarse un periódico, armado de doscientos ó trescientos mil francos contantes y sonantes, con objeto de hacer una oposición que contente á los descontentos, sin perjudicar al gobierno nacional del rey ciudadano. Ahora bien, como se nos da un bledo de la libertad lo mismo que del despotismo, de la religión lo mismo que de la incredulidad; como para nosotros la patria es una capital en la que se cambian y se venden las ideas á tanto la línea, en la que todos los días hay suculentas comidas y muchas funciones; en la que hormiguan licenciosas meretrices, y las cenas no terminan hasta el día siguiente, y los amores se alquilan por horas como los coches; como París es y será siempre la más adorable de todas las patrias, la patria de la alegría, de la libertad, del ingenio, de las mujeres hermo-

sas, de los hombres ligeros de cascos, del buen vino, y en la que el palo del poder nunca se hará sentir demasiado, puesto que se está cerca de los que lo empuñan. . . . nosotros, verdaderos sectarios del dios Mefistófeles, hemos emprendido la tarea de revocar el espíritu público, de vestir de nuevo á los actores, de clavar nuevas tablas en la barraca gubernamental, de medicinar á los doctrinarios, de recocer á los republicanos viejos, de pintar de dos colores á los bonapartistas y de avituallar el centro, con tal que nos sea permitido reirnos "in petto" de los reyes y de los pueblos, no ser por la noche de la misma opinión que por la mañana, y pasar una vida alegre á lo Panurgo ó "more orientali," reclinados en blandos almohadones. Te tenemos destinadas las riendas de este imperio macarrónico y burlesco; y por consiguiente, ahora mismo te llevamos á la comida que da el fundador del susodicho periódico, banquero retirado que, no sabiendo qué hacer de su dinero, quiere cambiarlo en talento. Se te recibirá como á un hermano, se te aclamará rey de esos ingenios levantiscos á los que no asusta nada, y cuya perspicacia descubre las intenciones de Austria, Inglaterra ó Rusia, antes que Rusia, Inglaterra ó Austria tengan intenciones. Si, te instituiremos soberano de esas potencias inteligentes que proporcionan al mundo Mirabeaus, Talleyrands, Pitts y Metternichs en una palabra, todos esos audaces Crispines que juegan entre sí los destinos de un grande imperio, como los hombres vulgares juegan su "kirschen-wasser" al dominó. Hemos dicho de tí que eres el mozo más intrépido de cuantos se han abrazado estrechamente al libertinaje, ese monstruo admirable con el cual quieren

luchar todos los hombres de espíritu levantado; y hasta hemos afirmado que jamás te ha vencido. Confío en que no harás que se desmientan nuestros elogios. Taillefer, nuestro anfitrión, nos ha prometido aventajar las mezquinas saturnales de los pequeños Lúculos modernos. Es bastante rico para comunicar grandeza á las pequeñeces, y elegancia y gracia al vicio. Pero ¿no me escuchas, Rafael?—le preguntó el orador interrumpiéndose.

—Sí, sí—contestó el joven, menos admirado de la realización de sus deseos que maravillado del modo natural con que se encadenaban los acontecimientos. Aunque no le fuera posible creer en la influencia mágica, admiraba los azares del destino humano.

—Has dicho que sí como si estuvieras pensando en la muerte de tu abuelo—le hizo observar uno de sus acompañantes.

—¡Ah!—exclamó Rafael con un acento de candidez que hizo reír á aquellos escritores, esperanza de la joven Francia;—estaba pensando, amigos míos, que llevamos camino de volvernos unos grandes bribones. Hasta ahora hemos blasonado de impiedad entre dos vinos, hemos pesado la vida estando borrachos, y valorado los hombres y las cosas mientras digeríamos. Virgenes de hecho, éramos osados en palabras; pero marcados ahora por el hierro candente de la política, vamos á entrar en ese gran presidio y á perder en él nuestras ilusiones. Cuando ya no se cree más que en el diablo, es permitido echar de menos el paraíso de la juventud, el tiempo de la inocencia en que sacábamos devotamente la lengua ante un buen cura para recibir en ella el cuerpo sagrado de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Ay, amigos míos! Si hemos tenido tanto placer en cometer nuestros primeros pecados, consiste en que sentíamos remordimientos para embellecerlos y darles cierto saborcillo picante; mientras que ahora.....

—¡Oh! Ahora—repuso el primer interlocutor,—nos queda.....

—¿Qué?—preguntó otro.

—El crimen.....

—Palabra es esa que tiene toda la altura de una horca y toda la profundidad del Sena—replicó Rafael.

—No me has entendido. Me refirió á los crímenes políticos. Desde esta mañana tan sólo una existencia envidio, la de los conspiradores. Mañana no sé si durará este capricho; pero esta noche la vida pálida de nuestra civilización, lisa como un riel de vía férrea, hace brincar mi corazón de disgusto. Me he apasionado de las desdichas de la derrota de Moscou, de las emociones del "Corsario rojo" y de la vida de los contrabandistas. Puesto que ya no hay cartujos en Francia quisiera al menos un Botany-Bay, una especie de enfermería para los pequeños lords Byron que, después de arrugar la vida como una servilleta al concluir de comer, no les queda otra cosa que hacer sino pegar fuego á su país, saltarse la tapa de los sesos, conspirar en favor de la república ó abogar por la guerra.....

—Emilio—interrumpió con vehemencia el joven que iba más próximo á Rafael,—te aseguro á fe mía, que á no ser por la revolución de Julio, me hubiera hecho cura para llevar una vida animal en el fondo de alguna campiña, y....

—¿Y habrías leído el breviario todos los días?

—Sí.

—Eres un necio.

—¡Pues bien leemos los periódicos!

—¡Vaya un periodista! Pero cállate, porque pasamos por entre una masa de suscriptores. Conque decimos que el periodismo es la religión de las sociedades modernas y la fórmula más adelantada del progreso.

—¿Por qué?

—Porque los pontifices no están obligados á creer, ni los pueblos tampoco. . . .

Hablando de esta suerte, como buenas gentes que sabían "De illustribus" hacía largos años, llegaron á una fonda de la calle Joubert.

Emilio era un periodista que había cosechado más gloria no haciendo nada, que los otros recogen con sus triunfos. Crítico atrevido, de pluma fácil y mordaz, tenía todas las buenas cualidades que le permitían sus defectos. Franco y burlón, decía en su cara mil epigramas á un amigo, á quien defendía con denuedo y lealtad cuando estaba ausente. Se mofaba de todo, hasta de su porvenir. Siempre falto de dinero, se quedaba, como todos los hombres de alguna capacidad, sumido en una pereza inexplicable, lanzando todo un libro, contenido en una sola palabra, á la nariz de las personas que no saben escribir una palabra en sus libros. Pródigo de promesas que jamás cumplía, se había hecho de su fortuna y de su gloria una almohada para dormir, con probabilidad de despertarse viejo en un hospital. Además de esto, amigo hasta el cadalso, cónico fanfarrón y sencillo como una criatura, no trabajaba sino por arranques ó por necesidad.

—Vamos á hacer, según la expresión de maese Aicofribas, un magnífico "tronçon de chiere lie"—dijo á

Rafael designándole los cajones de flores que perfumaban y adornaban de verdor las escaleras.

—Me gustan los pórticos bien caldeados y guarnecidos de ricos tapices—respondió Rafael.—El lujo empezando por los peristilos es raro en Francia. Aquí me siento renacer.

Y arriba vamos á beber y á reir una vez más, mi pobre Rafael. Confío en que seremos los vencedores y pisaremos todas esas cabezas.

Luego, con un ademán burlón, designó á los comensales al entrar en un salón que resplandecía de dorados y de luces, y en el que los recibieron al punto los jóvenes más elegantes de París. Uno acababa de revelar su talento y de rivalizar por su primer cuadro con las glorias de la pintura imperial. Otro se había aventurado á publicar, la víspera, un libro lleno de verdor, impregnado de una especie de desdén literario y que señalaba nuevos caminos á la escuela moderna. Más allá, un estatuario, cuya cara llena de rudeza revelaba cierto genio vigoroso, hablaba con uno de esos fríos burlones que, según el caso, ó no quieren superioridad en ninguna parte ó la reconocen donde quiera. Aquí, el más chispeante de nuestros caricaturistas, de maliciosa mirada y boca mordaz, acechaba los epigramas para traducirlos á trazos de lápiz. Allá, un joven y atrevido escritor, que destilaba mejor que nadie la quinta esencia de las ideas políticas ó condensaba como si tal cosa el espíritu de un escritor fecundo, hablaba con un poeta cuyos escritos destruirían las obras de todos los tiempos si su talento corriera parejas con la intensidad de su odio. Ambos procuraban no decir la verdad ni mentir, prodigándose gra-

tas lisonjas. Un músico célebre consolaba en "si bemol" y con voz burlona á cierto joven político recién caído de la tribuna sin hacerse daño. Autores jóvenes sin estilo conversaban con autores jóvenes sin ideas, y prosistas llenos de poesía con poetas prosaicos. Al ver á aquellos seres incompletos, un pobre sansimoniano, bastante cándido para creer en su doctrina, los acoplaba con caridad, queriendo, sin duda, hacerlos religiosos de su orden. En fin, había allí dos ó tres de esos sabios destinados á echar nitrógeno en la conversación, y muchos vaudevillistas dispuestos á mezclar en ella esos fulgores efímeros que, como los destellos del diamante, no dan calor ni luz. Algunos aficionados á la paradoja, riéndose de las personas que enlazan sus admiraciones ó sus desprecios á los hombres, se ocupaban de esa política de doble filo con la que conspiran contra todos los sistemas, sin tomar partido por ninguno. El crítico que no se asombra de nada, que en los Bufos se sueña en medio de una cavatina, y grita "bravo" antes que nadie, y contradice á los que se anticipan á su parecer, figuraba también allí, procurando apropiarse las ocurrencias de las personas de ingenio. Entre aquellos comensales, cinco tenían porvenir, unos diez ó doce debían alcanzar alguna gloria vitalicia, y los otros podían decirse, como todas las medianías, la famosa mentira de Luis XVIII: "Unión y olvido." El anfitrión tenía la alegría cavilosa del hombre que gasta dos mil escudos. De vez en cuando dirigía la vista con impaciencia á la puerta del salón, como si llamara al convidado que se hacía esperar. Al poco rato se presentó un hombrecillo rechoncho á quien se recibió con lisonjero rumor: era el notario que aquella misma maña-

na había extendido la escritura del periódico. Un camarero, vestido de negro, abrió las puertas del espacioso comedor en el cual cada uno fué á buscar su sitio alrededor de una mesa inmensa. Antes de alejarse de los salones, Rafael les echó una postrera ojeada. Su deseo se había realizado por completo. La seda y el oro tapizaban los aposentos. Ricos candelabros cargados de bujías hacían brillar los menores detalles de los frisos dorados, los delicados cincelados del bronce y los suntuosos colores del mueblaje. Las flores raras de unas cuantas jardineras, artísticamente construídas con bambúes, difundían suaves perfumes. Todo, hasta los cortinajes, respiraban una elegancia sin pretensiones; en fin, había en aquel conjunto cierta gracia poética cuyo prestigio debía influir en la imaginación de un hombre sin dinero.

—Cien mil libras de renta son un bonito comentario del catecismo y nos ayudan maravillosamente á poner la "moral en acciones"—dijo suspirando.—¡Oh! sí, mi virtud no es de las que van á pie. Para mí el vicio es un euchitril, un frac raído, un sombrero blanco en invierno y deudas al portero. ¡Ah! Yo quiero vivir en el seno de este lujo un año, medio, no me importa! Y después morir. Así habré al menos consumido, conocido, devorado mil existencias.

—¡Bah!—le contestó Emilio.—Veo que tomas la berlina de un agente de cambio por la felicidad. En breve te aburrirías de la fortuna al ver que arrebatada la probabilidad de ser un hombre superior. Entre las pobreza de la riqueza y las riquezas de la pobreza, ¿ha titubeado alguna vez el artista? ¿Nosotros no necesitamos siempre luchas? Ea, prepara tu estómago y mira

—añadió señalando con ademán de dignidad el majestuoso, el tres veces santo y tranquilizador aspecto que presentaba el comedor del bienaventurado capitalista. —Ese hombre—repuso—no se ha tomado en verdad la pena de amontonar su dinero sino por nosotros. ¿No te parece que es una especie de esponja olvidada por los naturalistas en el orden de los políperos y que conviene exprimir con delicadeza antes de dejar que la chupen los herederos? ¿No crees que son de buen gusto los bajos relieves que adornan las paredes? ¿Y las arañas, y los criados? ¿Qué lujo tan bien entendido! Si hemos de dar crédito á los envidiosos y á los que tienen empeño en ver los resortes de la vida, ese hombre ha dado muerte, cuando la Revolución, á un alemán y á algunas otras personas más, que, según se dice, eran su mejor amigo y la madre de su amigo. ¿Puedes suponer que hay crímenes bajo los cabellos canos de ese venerable Taillefer? Parece todo un buen hombre. Mira cómo resplandece la vajilla de plata; cada uno de sus brillantes rayos ¿no sería para él una puñalada? ¡Bah, bah! Tanto valdría creer en Mahoma. Si el público tuviera razón, aquí hay treinta hombres de corazón y de talento que se aperebirían á comerse las entrañas y á beberse la sangre de una familia. ¡Y nosotros, jóvenes llenos de candor y de entusiasmo, seríamos cómplices de tal desafuero! Ganas me están dando de preguntar á nuestro capitalista si es hombre honrado.

—¡Ahora no!—exclamó Rafael.—Pero cuando esté borracho perdido, habremos comido.

Los dos amigos se sentaron riendo. Ante todo, y con una mirada más rápida que la palabra, cada co-

mensal pagó su tributo de admiración al suntuoso golpe de vista que presentaba una mesa larga, blanca como una sábana de nieve recién caída, y sobre la cual aparecían simétricamente los cubiertos, coronados de rubios paneñillos. La cristalería reproducía los colores del iris en sus reflejos estrellados, las bujías trazaban rastros de fuego cruzados hasta lo infinito, y los manjares colocados bajo campanas de plata, aguzaban el apetito y la curiosidad. Al principio se habló poco, limitándose los comensales á mirarse. Circuló el vino de Madera, y el primer servicio apareció en todo su esplendor; habría hecho honor al difunto Cambaceres, y Brillat-Savarin lo habría encomiado. Escanciáronse los vinos de Burdeos y Borgoña con regia profusión. Aquella primera parte del festín podía compararse, por todos conceptos, á la exposición de una tragedia clásica. El segundo acto fué ya algo más locuaz. Cada convidado había bebido regularmente cambiando de vino según su capricho, de suerte que cuando se llevaron las sobras de aquel magnífico servicio, se habían entablado ya tempestuosas discusiones, algunas frentes pálidas se enrojecían, muchas narices comenzaban á teñirse de púrpura, los rostros se encendían y los ojos chispeaban. Durante esta aurora de la embriaguez, la conversación no salía aún del terreno de lo cortés; pero las burlas, los chistes, fueron brotando poco á poco de todas las bocas; luego la calumnia sacó despacio su cabeceita de serpiente y habló con voz meliflua; y aquí y allá, algunos comensales más taimados escuchaban con atención, procurando conservar la cabeza firme. Cada cual comió hablando, habló comiendo, y bebió sin tener en cuenta la afluencia de los líquidos, tan claros y oloro-

sos eran, y tan contagioso fué el ejemplo. Taillefer tomó á empeño el animar á sus convidados, y mandó traer los terribles vinos del Ródano, el cálido Tokay y el añejo espumoso Rosellón. Desbocados como los caballos de un coche correo que parte de una parada de posta, aquellos hombres seducidos por las chispas del vino de Champagne, aguardado con impaciencia, pero abundantemente servido, dejaron entonces galopar su espíritu por el vacío de esos razonamientos que nadie escucha, se pusieron á contar esas historias que no tienen oyentes, y dieron cien veces principio á esas interpelaciones que se quedan sin respuesta. La orgía fué la única que desplegó su gran voz, voz compuesta de cien clamores confusos que van aumentando como los "crescendo" de Rossini. Luego llegaron los brindis insidiosos, las fanfarronadas, los retos. Todos renunciaban á encomiar su capacidad intelectual para reivindicar la de los toneles, la de las pipas y la de las cubas. No parecía sino que cada comensal tuviera dos voces. Hubo un momento en que todos los amos hablaban á la vez y en que los criados sonreían. Pero aquella algarabía de palabras en que las paradojas dudosamente luminosas y las verdades grotescamente disfrazadas, chocaban entre sí á través de los gritos, las opiniones interlocutorias, las decisiones soberanas y las sandeces, como en medio de un combate se cruzan las granadas, las balas y la metralla, habría interesado, sin duda, á algún filósofo por la singularidad de los pensamientos, ó sorprendido á un político por la extrañeza de los sistemas. Era á la vez un libro y un cuadro. Las filosofías, las religiones, las morales, tan diferentes de una latitud á otra, los gobiernos, en una

palabra, todos los grandes actos de la inteligencia humana, cayeron segados por una guadaña tan larga como la del Tiempo, y quizás hubiera costado trabajo decidir si la manejaba la Cordura ebria, ó la Embriaguez cuerda y clarividente. Aquellas cabezas, arrebatadas por una especie de tempestad, parecían querer sacudir, como el mar encrespado sacude la costa brava, todas las leyes entre las cuales flotan las civilizaciones, satisfaciendo así, sin saberlo, la voluntad de Dios, que deja en la naturaleza el bien y el mal, conservando para sí solo el secreto de su lucha perpetua. La discusión, furiosa y burlesca, fué en cierto modo un aquelarre de las inteligencias. Entre las tristes bromas en que prorrumpían aquellos hijos de la revolución con motivo del nacimiento de un periódico, y las ocurrencias prodigadas por alegres bebedores con motivo del nacimiento de Gargantua, mediaba todo el abismo que separa al siglo décimonono del décimosexto. Este preparaba una destrucción riendo; el nuestro reía en medio de ruinas.

—¿Cómo se llama aquel joven que está allá abajo?— preguntó el notario designando á Rafael.—Me parece haberle oído llamar Valentín.

—¿Qué significa eso de Valentín á secas?—dijo Emilio riendo.—Es Rafael de Valentín. Ostentamos "un águila de oro en campo de sable coronada de plata con pico y garras de gules," y con la hermosa divisa: *Non cecidit animus.*" No somos un inclusero, sino el descendiente del emperador "Valente," tronco de los "Valentinois," fundador de las ciudades de Valencia en España y en Francia, heredero legítimo del imperio de Oriente. Si dejamos á Mahmud predominar en Cons-

tantinopla, ha sido por pura voluntad, y por falta de dinero y de soldados.

Emilio trazó en el aire con su tenedor una corona sobre la cabeza de Rafael. El notario se quedó pensativo un rato y luego se puso á beber haciendo un ademán característico, mediante el cual parecía confesar que le era imposible contar entre su clientela las ciudades de Valencia y Constantinopla, Mahmud, el emperador Valente y la familia de los Valentinois.

La destrucción de esos hormigueros llamados Babilonia, Tiro, Cartago ó Venecia, siempre aplastados por los pies de un gigante que pasa, ¿no sería un aviso dado al hombre por una potestad burlona?—dijo Claudio Vignon, especie de esclavo comprado para imitar á Bossuet á cincuenta céntimos la línea.

—Moisés, Sila, Luis XI, Richelieu, Robespierre y Napoleón son tal vez un mismo hombre que reaparece á través de las civilizaciones como un cometa en el cielo—respondió un ballanquista.

—¿Por qué sondear la Providencia?—dijo Canalis, el fabricante de baladas.

—Ea, ya pareció la Providencia—exclamó el crítico interrumpiéndole.—No conozco nada más elástico.

—Pero, señor mío, Luis XIV ha hecho perecer más hombres para construir los acueductos de Maintenon que la Convención para fijar con equidad los impuestos, unificar la ley, nacionalizar la Francia y hacer que se distribuyeran con igualdad las herencias—dijo Massol, joven que se había hecho republicano porque no llevaba una partícula delante de su apellido.

—Caballero—le respondió Moreau del Oise,—usted

que toma la sangre por vino, ¿dejará esta vez á cada cual la cabeza sobre sus hombros?

—¿Para qué? Los principios de orden social, ¿no merecen algunos sacrificios?

—¡Eh, Bixiou! Fulano el republicano pretende que la cabeza de ese propietario sería un sacrificio—dijo un joven á su vecino.

—Los hombres y los acontecimientos no son nada—decía el republicano prosiguiendo su teoría entre eructos;—en política y en filosofía no hay más que principios é ideas.

—¡Qué horror! ¿De modo que no le remordería á usted la conciencia al matar á sus amigos por un "sí"?

—El hombre que tiene remordimientos es el verdadero malvado, porque posee alguna idea de la virtud, al paso que Pedro el Grande, el duque de Alva, eran sistemas, y el corsario Monbar, una organización.

—Pero ¿es que la sociedad no puede privarse de sistemas y de organizaciones?—preguntó Canalis.

—Ciertamente.

—La estúpida república tan cacareada por usted me da náuseas; no podríamos trinchar tranquilamente un capón sin encontrar en él la ley agraria.

—Tus principios son excelentes, ¡oh pequeño Bruto relleno de trufas! pero te pareces á mi ayuda de cámara; el muy pícaro está tan cruelmente poseído de la manía de la limpieza, que si le dejara cepillar mi ropa á su gusto, iría yo en cueros.

—¡Sois unos majaderos! Queréis limpiar una nación con mondadientes—replicó el republicano.—En vuestro concepto, la justicia sería más peligrosa que los ladrones.

—¡Hola, hola!—exclamó el abogado Desroches.

—¡Qué fastidiosos están con su política!—dijo Cardot el notario.—Cerrad la puerta. No hay ciencia ó virtud que merezca una gota de sangre. Si queremos hacer la liquidación de la verdad, quizás la encontremos en quiebra.

—Probablemente nos habría costado menos divertimos en el mal que disputarnos en el bien. Por eso daría yo todos los discursos pronunciados de cuarenta años á esta parte en la tribuna por una trucha, por un cuento de Perrault, ó...

—Tiene usted razón. Hágame el favor de acercarme esos espárragos. Porque bien mirado, la libertad engendra la anarquía, la anarquía nos lleva al despotismo, y el despotismo nos vuelve á la libertad. Han perecido millones de seres sin haber podido hacer predominar ninguno de estos sistemas. ¿No es ese el círculo vicioso en que girará siempre el mundo moral? Cuando el hombre cree haber perfeccionado, no ha hecho más que cambiar de sitio las cosas.

—¡Oh, oh!—exclamó Cursy el vaudivillista.—en ese caso, señores, brindó por Carlos X, padre de la libertad.

—¿Y por qué no?—dijo Emilio.—Cuando el despotismo está en las leyes, la libertad está en las costumbres, y viceversa.

—Brindemos, pues, por la imbecilidad del poder que nos da tanto poder sobre los imbéciles!—dijo el banquero.

—Amigo mío, Napoleón nos ha dejado al menos gloria—gritó un oficial de marina que jamás había salido de Brest.

—¡La gloria! Triste mercancía! Se paga muy cara y no se conserva. ¿Acaso no es el egoísmo de los grandes hombres, como la felicidad es de los fontos?

—Caballero, usted es muy feliz.

—El primero que inventó fosos debía ser un hombre débil, porque la sociedad no aprovecha sino á los ruines. El salvaje y el pensador, colocados en los dos extremos del mundo moral, aborrecen por igual la propiedad.

—¡Soberbio!—exclamó Cardot.—Si no hubiera propiedades, ¿cómo podríamos extender contratos?

—¡Qué guisantes tan deliciosamente fantásticos!

—Y al cura le encontraron al día siguiente muerto en su cama....

—¿Quién habla de muertos? No bromeéis, porque tengo un tío....

—Y ¿se resignará usted sin duda á perderle?

—Eso no es una pregunta.

—¡Escuchad, señores! “Modo de matar á un tío.” (¡Atención, atención!) Ante todo debéis tener un tío sano y gordo, por lo menos septuagenario; estos son los mejores tíos. (Sensación.) Hacedle comer con cualquier pretexto un pastel de “foie gras”...

—Mi tío es un hombre alto, delgado, avaro y sobrio.

—Esos tíos son monstruos que abusan de la vida.

—Y anunciadle durante la digestión la quiebra de su banquero.

—¿Y si resiste?

—Soltadle una muchacha guapa.

—¿Y si es...?—preguntó el interruptor haciendo un ademán negativo.

—Entonces no es tal tío, porque los tíos son esencialmente alegres de cascos.

—La voz de la Malibrán ha perdido dos notas.

—No, señor.

—Sí, señor.

—Sí y no. ¿No es esta la historia de todas las disertaciones religiosas, políticas y literarias? El hombre es un bufón que baila sobre precipicios.

—Si le oigo á usted, resultará que soy un necio.

—Al contrario, lo cree usted así porque no me oye.

—La instrucción.... ¡Valiente tontería! El señor Heineffettermach calcula en más de mil millones el número de volúmenes impresos, y la vida de un hombre no basta para leer ciento cincuenta mil. Explíqueme usted, pues, lo que significa la palabra "instrucción." Para unos consiste en saber los nombres del caballo de Alejandro, del dogo "Becerrillo," del señor de los Acordes, y en ignorar el del hombre que inventó la flotación de las maderas ó la porcelana. Para otros ser instruído consiste en saber quemar un testamento y vivir como hombres honrados, queridos, considerados, en lugar de robar un reloj con reincidencia, con las cinco circunstancias agravantes, é ir á morir en la plaza de la Greve, aborrecidos y deshonrados.

—¿Continuará Nathán?

—Sus colaboradores tienen mucho talento.

—¿Y Canalís?

—De ese no hay que hablar; es un grande hombre.

—¿Estáis borrachos!

—La consecuencia inmediata de una constitución es el embotamiento de las inteligencias. Artes, ciencias, monumentos, todo lo devora ese espantoso sen-

timiento de egoísmo, lepra de nuestro siglo. Vuestros trescientos burgueses, sentados en sus bancos, no pensarán más que en plantar alcornoques. El despotismo hace ilegalmente grandes cosas; la libertad ni siquiera se toma el trabajo de hacerlas legalmente muy pequeñas.

—Vuestra enseñanza mutua fabrica monedas de cien sueldos con carne humana—dijo un absolutista interrumpiendo.—Las individualidades desaparecen en un pueblo nivelado por la instrucción.

—Sin embargo, el objeto de la sociedad ¿no es proporcionar el bienestar á cada cual?—preguntó el sansimoniano.

—Si tiene usted cincuenta mil libras de renta, maldito si se acordará del pueblo. ¿Está usted verdaderamente apasionado de la humanidad? Pues váyase á Madagascar, y allí encontrará un pueblecito muy á propósito para "sansimonizar," clasificar y meterlo en un bocal; pero aquí, cada cual entra naturalmente en su alvéolo, como una clavija en su agujero. Los porteros son porteros, y los necios son bestias que no necesitan ser promovidos á tales por un colegio de Padres ¡Ah, ah!

—Es usted un carlista.

—¿Por qué no? Me gusta el despotismo, porque indica cierto desprecio á la raza humana. No aborrezco á los reyes; ¡son tan divertidos! Predominar en una cámara, á treinta millones de leguas del sol, ¿no significa nada?

—Pero resumamos este largo concepto de la civilización—decía el sabio que, para instrucción del escultor distraído, había entablado una discusión sobre el

comienzo de las sociedades y los pueblos autóctonos.— En el origen de las naciones, la fuerza fué en cierto modo material, una, grosera; luego, conforme aumentaban las agregaciones, los gobiernos han procedido por descomposiciones más ó menos hábiles del poder primitivo. Así, por ejemplo, en la remota antigüedad, la fuerza estaba en la teocracia, y el sacerdote tenía la espada y el incensario. Andando el tiempo, hubo dos sacerdocios: el pontífice y el rey. Hoy, nuestra sociedad, último término de la civilización, ha distribuido el poder con arreglo al número de combinaciones y hemos llegado á las fuerzas llamadas industria, pensamiento, dinero, palabra. Como el poder ya no tiene unidad, se encamina de continuo hacia una disolución social para la cual no hay más valladar que el interés. Así es que no nos apoyamos ni en la religión ni en la fuerza material, sino en la inteligencia. ¿El libro equivale al acero? La discusión equivale á la acción? Este es el problema.

—La inteligencia lo ha matado todo—replicó el carlista.—La libertad absoluta conduce al suicidio á las naciones, que se aburren en el triunfo, como un inglés millonario.

—¿Qué nos dirá usted de nuevo? Hoy habéis ridiculizado todos nuestros poderes, y hasta el negar á Dios es cosa común. Ya no tenéis creencias, por eso este siglo es como un viejo sultán víctima de la licencia. En fin, vuestro lord Byron, en su última desesperación de poeta, ha llegado al extremo de cantar las pasiones del crimen.

—¿Sabe usted—le contestó Bianchón completamente embriagado—que una dosis de fósforo de más ó

menos, hace al hombre talentoso ó idiota, héroe ó cobarde, virtuoso ó criminal?

—¿Es posible que se trate de ese modo á la virtud?—exclamó Gursy.—La virtud, asunto de todas las obras teatrales, desenlace de todos los dramas, base de todos los tribunales.

—¡Callate, animal! Tu virtud es Aquiles sin talón—dijo Bixiou.

—Bebamos.

—¿Apuestas algo á que me bebo una botella de champagne sin respirar?

—¡Qué rasgo de ingenio!—exclamó Bixiou.

—Están borrachos como carreteros—dijo un joven que daba gravemente de beber á su chaleco.

—Sí, señor, el gobierno actual es el arte de hacer reinar la opinión pública.

—¡La opinión! ¡Si es la más viciosa de todas las prostitutas! A daros crédito, hombres de moral y de política sería menester preferir siempre vuestras leyes á la naturaleza, la opinión á la conciencia. ¡Todo es verdad, todo es falso! Si la sociedad nos ha proporcionado el plumón de las almohadas, ha compensado este beneficio con la gota, del mismo modo que ha ideado los procesos para servir de contrapeso á la justicia, y ha puesto los resfriados á continuación de los chales de Cachemira.

—¡Monstruo!—exclamó Emilio interrumpiendo al misántropo.—¿cómo puedes hablar mal de la civilización ante los vinos y manjares tan deliciosos y tan abundantes? Muerde este corzo en las patas y en las astas doradas, pero no muerdas á tu madre.

—¿Tengo yo la culpa de que el catolicismo llegue

á meter un millón de dioses en un saco de harina, de que la república termine siempre en un Robespierre, de que la monarquía se encuentre entre el asesinato de Enrique IV y el proceso de Luis XVI, y de que el liberalismo se convierta en La Fayette?

—¿Le abrazó usted en Julio?

—No.

—Entonces, cálese, escéptico.

—Los escépticos son los hombres más concienzudos.

—¡Si no tienen conciencia!

—¿Qué está usted diciendo? Lo menos tienen dos.

—¡Descantar el cielo! ¡Vaya una idea verdaderamente comercial! Las religiones antiguas no eran más que un afortunado desarrollo del placer físico; pero nosotros hemos desarrollado el alma y la esperanza, en lo cual ha habido progreso.

—Amigos míos, ¿qué podéis esperar de un siglo nutrido de república?—dijo Nathán.—¿Cuál ha sido la suerte del “Rey de Bohemia y de sus siete castillos,” la más encantadora concepción...

—¡Hola, hola!—gritó el crítico desde un extremo de la mesa.—Esas son frases sacadas al azar de un sombrero, verdadera obra escrita por Charentón.

—¡Es usted un necio!

—¡Y usted un majadero!

—¡Oh, oh!

—¡Ah, ah!

—Se batirán.

—No.

—Mañana nos veremos señor mío.

—Ahora mismo—contestó Nathán.

—Vaya, vaya, son ustedes dos valientes.

—Y usted también lo es.

—Ni siquiera pueden ponerse en pie.

—¿Que no me puedo levantar? Pues no faltaría más—repuso el belicoso Nathán enderezándose como una cometa indecisa. Echó á la mesa una mirada alelada, y luego, como extenuado por aquel esfuerzo, volvió á caer sobre su silla, bajó la cabeza y se quedó caído.

—¿No tendría gracia—dijo el crítico á su vecino—que fuera á batirme por una obra que no he visto ni he leído?

—Emilio, ten cuidado con tu frac, porque tu vecino se pone pálido—dijo Bixiou.

—¿Kant, dice usted? Otro globo lanzado para divertir á los necios. El materialismo y el espiritualismo son dos bonitas raquetas con las cuales ciertos charlatanes de toga despiden el mismo volante. Que Dios esté en todo, según Espinosa, que todo proceda de Dios, según San Pablo... ¡Imbéciles! Abrir ó cerrar una puerta, ¿no es el mismo movimiento? ¿Ha salido el huevo de la gallina ó la gallina del huevo? Aquí está toda la ciencia.

—¡Ah tonto!—le dijo el erudito,—la cuestión que planteas está ya dilucidada por un hecho.

—¿Cuál?

—Las cátedras de profesores no se han hecho para la filosofía, sino la filosofía para las cátedras. Cálate los anteojos y lee el presupuesto.

—¡Ladrones!

—¡Imbéciles!

—¡Tunantes!

—¡Falsos!

—¿En dónde si no en París podréis hallar un cambio tan vivo, tan rápido de ideas?—exclamó Bixiou ahuecando la voz.

—Ea, Bixiou, representáanos alguna farsa clásica.

—¿Queréis que os represente el siglo diecinueve?

—¡Escuchad!

—¡Silencio!

—¡Poned sordinas á vuestros hocicos!

—Dad vino á ese chiquillo, y que se calle.

—Anda, Bixiou.

El artista se abrochó el frac hasta el cuello, se puso sus guantes amarillos, y procuró caracterizarse para personificar la "Revista de ambos mundos," mirando bizco; pero el ruido apagó su voz y fué imposible percibir una sola palabra de su burla. Si no representó el siglo, al menos representó la Revista, porque no se oyó á sí mismo.

Sirviéronse los postres como por encanto, y en medio de la mesa apareció un gran centro de bronce dorado, salido de los talleres de Thomire. Altas figuras dotadas por un célebre artista de las formas convenidas en Europa para la belleza ideal, sostenían y llevaban canastillos de fresas, anonas, dátiles frescos, uvas amarillas, blóndos melocotones, naranjas llegadas de Setubal por un vapor, granadas, frutas de la China y en fin, todas las sorpresas del lujo, milagros del horno casero, las delicadezas más llamativas, las golosinas más seductoras. El brillo de la porcelana, las líneas resplandecientes del oro, los calados de las vasijas, realzaban los colores de aquellos cuadros gastronómicos. Graciosa como las líquidas franjas del Océano, verde y ligera, la espuma coronaba los paisajes del

Poussin, copiados en Sevres. El territorio de un príncipe alemán no habría bastado para pagar aquella riqueza insólente. Prodigáonse otra vez y con nuevas formas de plata, el nácar, el oro, el cristal; pero los ojos embotados y la fiebre locuaz de la embriaguez apenas permitieron á los comensales que tuvieran una intuición vaga de aquel mágico espectáculo digno de un cuento oriental. Los vinos de postre trajeron consigo sus perfumes y sus llamaradas, filtros poderosos, vapores encantados que engendran una especie de espejismo intelectual y cuyos poderosos vínculos encadenan los pies y dan pesadez á las manos. Las pirámides de frutas fueron saqueadas, crecieron las voces y redobló el tumulto. Ya no se percibió distintamente ninguna palabra; las copas volaron hechas añicos, y de todos los labios partieron como cohetes atroces cajadas. Cursy cogió una trompa y se puso á tocar una llamada, que fué como una señal dada por el diablo. Aquella reunión delirante aulló, silbó, cantó, gritó, rugió y gruñó. Cualquiera se habría sonreído al ver personas que, naturalmente alegres, se tornaban sombrias como los desenlaces de Crebillón, ó meditabundas como marinos en coche. Los hombres discretos confiaban sus intimidades á curiosos que no los escuchaban. Los melancólicos sonreían como bailarinas que terminan sus piruetas. Claudio Vignon se contoneaba como un oso enjaulado. Algunos amigos íntimos se batían. Las semejanzas animales inseritas en las caras humanas y tan curiosamente demostradas por los fisiologistas, reaparecían vagamente en los gestos, en las actitudes del cuerpo. El anfitrión, sintiéndose beodo, no se atrevía á levantarse; pero aprobaba las extravagancias